

EL EXILIO DE BALTASAR MIRÓ ENTRE VARIAS FRONTERAS

Giulia Nuzzo¹

Universidad Católica de Colombia

Resumen

El trabajo pretende profundizar la vida y la obra de una figura menor del exilio republicano español en Latinoamérica, la de Baltasar Miró. El periplo migratorio de este casi desconocido intelectual se mueve entre el Santo Domingo de la dictadura de Trujillo, la Colombia de años agitados de su historia política, y Argentina, donde trágicamente termina su inquieta existencia. Del período dominicano se analizará *Cartones de la frontera*, una obra que encara el problema de la “dominicanización de la frontera” desde los paradigmas del discurso hispanista y antihaitiano propiciado por la dictadura de Trujillo. Se intentará en conclusión arrojar algunas luces sobre la más oscura estancia en Colombia –donde el exiliado desempeñó una intensa actividad periodística–, en las huellas de voces de intelectuales que han dejado testimonio del fugaz pasaje del escritor por el país.

Palabras clave

Baltasar Miró, exilio republicano español en Santo Domingo, identidad cultural en Santo Domingo, cuestión de la frontera dominico-haitiana.

* Fecha de recepción 22 de julio de 2015; fecha de aceptación 28 de septiembre de 2015. El artículo es fruto de un proyecto de investigación desarrollado con el grupo “Aldo Moro” de la Maestría en Ciencia Política de la Università degli Studi di Salerno en convenio con la Universidad Católica de Colombia.

1. Doctora en Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Salerno (Italia), actualmente es docente e investigadora de la Universidad Católica de Colombia. Una línea privilegiada de sus investigaciones se ha centrado en los discursos identitarios en la literatura de viaje hispanoamericana del siglo XX. gnuzzo@ucatolica.edu.co



THE EXILE OF BALTASAR MIRÓ THROUGH SEVERAL BORDERS

Abstract

This paper cares to analyze in depth the life and work of a minor figure of the Spanish republican exile in Latin America: Baltasar Miró. The migratory journey of this almost unknown intellectual goes through the Trujillo's dictatorship in Santo Domingo, the troubled years of Colombian political history, and Argentina, where his restless existence came to a tragic end. Concerning the Dominican period, we will analyze *Cartones de la frontera*, a brief essay that tells us about the thorny problem of the "Dominicanization of the frontier" with the paradigms of the Hispanic and anti-Haitian debate promoted by Trujillo's dictatorship. Finally, we will attempt to shed light on his darkest stay in Colombia – where the exiled performed an intense journalistic activity – following the voices of all those intellectuals who have testified the short passage of the writer through the country.

Keywords

Baltasar Miró, spanish republican exile in Santo Domingo, cultural identity in Santo Domingo, Haiti-Dominican Republic frontier.

El nombre de Baltasar Miró es bastante desconocido para los críticos de la literatura española e hispanoamericana contemporánea, o puede resultar familiar a la comunidad de estudiosos que viene desde hace tiempo investigando sobre la peculiar aventura del exilio republicano español en la República Dominicana de Trujillo.

Allá llegaba hacia 1940 este intelectual de origen catalán, que, huyendo de la dictadura de Franco, paradójicamente acabara imponiéndose con *Cartones de la frontera*, una breve obra dedicada al rugiente problema de la frontera dominico-haitiana, como uno de los intelectuales al servicio de la máquina ideológica de Trujillo. Sin embargo, no terminará en la isla antillana su periplo de exiliado. Probablemente ya hacia los primeros meses de 1946, el escritor está dejando los asfixiante trópicos de Trujillo en busca de un destino mejor, y, de paso



por Venezuela, llega a Colombia, donde se deja apreciar en los círculos intelectuales por su simpatía humana y los discretos valores de su prosa literaria, dada a conocer en periódicos del país. En el último y decisivo pasaje de la larga cadena migratoria, Miró se mudará entonces a Buenos Aires, yendo encuentro en efecto a una tentadora cita con la muerte aplazada, al parecer, desde hacía tiempo: se suicidará allí, dejando a su joven esposa colombiana, Gilda Briñez, y a una niña de apenas tres meses.

Son diversos los motivos que invitan a la recuperación del legado literario, en parte disperso, de este autor, y al estudio de su figura, hasta el momento sustancialmente limitado al fugaz perfil que le dedica Vicente Llorens en su trabajo sobre el éxodo republicano en Santo Domingo.

En primer lugar, la profundización de sus *Cartones* puede contribuir significativamente a la ya discreta tradición de estudios sobre el flujo migratorio en la isla antillana, a la documentación de las condiciones de vida y de los móviles de producción intelectual de los exiliados en el marco de la dictadura de Trujillo, entonces, a las dinámicas de imbricación ideológica del contingente intelectual español dentro de los dispositivos culturales del régimen.

Si la obra de nuestro exiliado, con sus sonoros panegíricos del “Padre de la Patria Nueva”, resulta de peculiar interés desde esta prospectiva hermenéutica, lo es también a los fines de la importante tradición de estudios dedicados a analizar, en el más específico contexto de la literatura y la cultura dominicana, el discurso sobre la identidad nacional y sus configuraciones raciales: una identidad que –como es sabido– se define entre Ocho y Novecientos a través de un constante esfuerzo de reificación y demonización del espacio geográfico, cultural, racial, del vecino mundo haitiano.

En su largo viaje a través de varias fronteras, Miró, en la etapa dominicana, dirigirá su mirada de exiliado precisamente sobre las fronteras dominico-haitianas, ensangrentadas en 1937 por los funestos acontecimientos pasados a la historia con el nombre de “Masacre de Perejil”. La voz del intelectual sobre aquellos espacios liminales, entrecruzada, como se verá, con las de los intelectuales dominicanos involucrados en la legitimización teórica de la obra del dictador, remite pues a problemas y debates de urgente actualidad: en los mismos territorios de la antigua Quisqueya, donde continúa convulso el tráfico humano entre las dos partes de la isla; en el viejo Mediterráneo, cruzado hoy día por dramáticos flujos migratorios desde un Sur de violencia y miseria endémicas, entre aperturas humanitarias y muros



cementados por la indiferencia o la recrudescencia de viejos miedos nacionalistas; pasando nuevamente de Sur a Sur, en América Latina, donde las geografías humanas y las fronteras culturales también se desdibujan y reconstruyen frenéticamente bajo la presión de éxodos migratorios regionales, continentales e intercontinentales.

Si el concepto de frontera está crucialmente involucrado en las recientes reflexiones sobre la era de la civilización mundializada, donde el elemento de los límites territoriales se transforma y tiende a proponerse en una insoluble y conflictiva dialéctica entre lo universal y lo local, entre despreocupadas filosofías de la ciudad global y rescates de amenazadas identidades étnicas y culturales, en el área latinoamericana los estudios sobre la frontera, como avisan los estudiosos, han conocido en las últimas décadas «una profunda renovación teórica-metodológica», favorecida por el cruce interdisciplinario de saberes diversos, desde la geografía política hasta los estudios culturales. Las nuevas perspectivas apuntan a investigar las fronteras no como rígidos «espacios de separación» entre territorios políticos e identidades nacionales, sino como «espacios porosos y permeables», que propician «complejos procesos de mestizaje y de etnogénesis»²; «no sólo como límites, sino también como zonas de relación y entrecruzamiento, pletóricas de mezclas y de posibilidades combinatorias novedosas y heterodoxas»³.

Alineado con la operación cultural del régimen, Miró deberá en cambio rechazar las promisoras configuraciones de aquellas mezclas, contribuyendo con sus *Cartones* a espesar la línea de división entre las dos culturas. Participará al discurso nacionalista del país con un recurso enfático a aquella prosapia hispanófila que, si enderezaba, a partir de las décadas de los años veinte-treinta en particular, las involuciones autoritaristas de varios países de la órbita, también daba –en la ola de la filosofía del transtierro de Gaos– el signo positivo de una colectividad “hispano-americana” redimida, en su seculares peregrinaciones “exílicas”, de todo sesgo territorial, de toda acuciante determinación nacional.

Pero en general, más allá de los *Cartones* y de la estancia antillana, es toda la parábola vital e intelectual del escritor catalán, con su contornos novelescos, también con su extravío ideológico de los años dominicanos, con su incierto andar de exiliado y poeta bohemio hacia

2. S. Ortelli, “La frontera norte de México. De la expansión del Lejano Oeste al poblamiento del Septentrión”, en A. Kozel, H. Crespo, H. A. Palma (eds.), *Heterodoxia y fronteras en América Latina*, Teseo, Buenos Aires, 2013, pp. 271-290, p. 289.

3. “Introducción”, en A. Kozel, H. Crespo, H. A. Palma (eds.), op. cit., pp. 13-20, pp. 19-20.



un precoz destino trágico, que estimula la prosecución de las investigaciones, que quien escribe ha empezado a extender también al corpus disperso de su producción periodística del período colombiano, y se espera podrán beneficiarse en futuro –para romper las espesas zonas de misterio que desdibujan su figura– de la colaboración con descendientes suyos desde hace tiempo empeñados en una difícil búsqueda genealógica⁴.

En efecto, si son en general muy escasas las noticias que se poseen sobre este poeta, cuyo verdadero nombre era Baltasar Pocurull i Miró, es casi nada lo que se conoce sobre los años de su juventud en la patria española, y en la más pequeña “patria chica” catalana. Las búsquedas efectuadas en los mayores archivos bibliográficos españoles y europeos han resultado infructuosas, lo cual hace suponer que el joven intelectual, a la salida para Francia y luego Santo Domingo, no hubiera alcanzado todavía a dejar alguna cosecha literaria, y que hasta entonces se hubiese dedicado sobre todo al oficio periodístico.

De hecho, en una noticia comunicada en los “Annals del Periodisme Català” de 1934, que hemos podido azarosamente encontrar, su nombre aparece en el listado de los novicios que han conseguido el carnet de identidad –se entiende para la “Associació de Periodistes de Barcelona”⁵.

La figura de nuestro autor se avista, luego, en las memorias autobiográficas de Pío Baroja *Desde la última vuelta del camino*. En el tomo I, *El escritor según él y según los críticos*, en lo que parece ser una especie de desquite crítico, se recuerda, sin aparente resentimiento, la osadía de un «escritor joven llamado Baltasar P. Miró», quien habría tildado de «fandanguillos» sus libros, incitando la juventud poética a abandonar el estéril magisterio literario del autor vasco, para darse a más prometedoras exploraciones literarias: “Mientras esperamos una crítica sincera –queridos críticos– de Baroja, nosotros, los jóvenes, los

4. Da cuenta de ello un artículo publicado hace unos años en *El Espectador*. La redacción del periódico colombiano, tras solicitud de una nieta de Miró, Juliana Barberena Pocurull, facilitó su encuentro con la poeta Maruja Vieira, quien fue amiga del refugiado español y conmemoró su fallecimiento en un poema de *Los nombres de la ausencia* al que nos referiremos después. Cfr. “Recordando a Baltasar Miró”, en *El Espectador*, 23 de diciembre de 2010. Puede consultarse en la página: <http://www.elespectador.com/noticias/cultura/recordando-baltasar-miro-articulo-242102>

5. “Annals del Periodisme Català”, n. 9, 1934, p. 594. Nacida en 1913, la institución, de clara orientación republicana, dedicada a la promoción y a la defensa de los derechos del medio periodístico, se encuentra a partir de 1932 bajo la dirección de Joan Costa i Déu, quien hace de ella uno de los más sólidos baluartes de la prensa periódica en la región, iniciando al año siguiente la publicación de los “Annals del Periodisme Català”, que se distribuirán hasta su clausura definitiva en 1936, después de haber estrenamente luchado por la libertad de expresión en España y en la Europa sitiadas por el fascismo.



verdaderos jóvenes, cortamos amarra con su obra y le saludamos –sinceramente alegres– desde la proa de nuestro barco, ansioso de hacerse a la mar”⁶.

Y, en efecto, en breve, al joven poeta catalán le tocó hacerse a la mar, con un viaje de toda otra concreción material, que lo conducirá a las orillas de la República Dominicana. Probablemente el escritor llegó a la isla en 1940, con una de las siete expediciones que, entre 1939 y 1940, desde Francia, derramaron sobre el pequeño territorio dominicano la cifra –sobredimensionada según algunos estudiosos– de cerca de cuatro mil exiliados españoles. ¿Por qué el dictador iba a abrir las puertas a ciudadanos de signo ideológico adverso al que, con sangre y fuego, imprimía al rumbo político del país? La ya significativa literatura crítica sobre el tema ha desde hace tiempo estudiado los móviles de la política inmigratoria del trujillismo, así como aspectos, momentos y figuras fundamentales del exilio republicano español surgido a raíz de aquella apertura.

Esta traducía en principio una necesidad de colonización agrícola de las tierras más pobres e infructuosas del país, no desligada de la idea de blanquear la raza y fortalecer los “genes” atávicos de la nación, creando un cordón de especies españolas frente al Haití “africano” que empujaba desde el otro lado de la raya fronteriza. En este sentido, como reflexionan los estudiosos, la política inmigratoria de Trujillo recupera con cierto anacronismo lineamientos ideológicos y directivas políticas esenciales de famosos proyectos “civilizatorios” como los de Sarmiento y Alberdi en el siglo XIX, según los cuales las fuerzas inmigratorias de razas superiores y sociedades avanzadas del Occidente industrializado debían abonar, redimir y recubrir de “civilización” la “barbarie” tanto racial como social de cruciales espacios geográficos de la nación en formación.

En Santo Domingo, el espacio liminal de la frontera adquiere, ya desde los primeros pasos de la república independiente, una especial fuerza de representación simbólica del proceso de demarcación territorial y espiritual de la nación en formación. Esta reconoció su principal enemigo más en el vecino estado haitiano –el cual, alcanzada la independencia en 1810, la sometió desde 1822 y hasta 1844 bajo su soberanía–, que en el imperio español, a cuya protección tutelar incluso decidirán regresar los extraviados gobernantes republicanos en 1861, hasta alcanzar la meta de la independencia en 1865. En efecto,

6. P. Baroja, *El escritor según él y según los críticos*, en *Desde la última vuelta del camino. Memorias*, tomo I, Biblioteca Nueva, Madrid, 1952, pp. 87-88.



durante la dictadura de Trujillo sencillamente se refuerzan y llegan a la máxima articulación ideológica lineamientos de una visión de lo nacional que, desde mediados del siglo XIX, empezaba a identificar –reduciendo complejas dinámicas históricas a simplistas dicotomías de carácter esencialista– lo dominicano como una nación de sedimentada tradición española, en oposición al mundo primitivo, cargado de herencias africanas, del vecino Estado haitiano, madurado de la concreción histórica de fuerzas advenedizas, exógenas, que se habían fatalmente insinuado en el camino histórico de la isla antillana.

Exógenos e intrusos eran tanto aquellos bucaneros nórdicos insertados a fuerza de acciones predatorias en la parte occidental del territorio isleño, fuente de una colonización que sería legalmente reconocida con el Tratado de Ryswick de 1697, y un siglo después, en 1795, con el Tratado de Basilea⁷; como la población de africanos que sostuvo –bajo un duro régimen esclavista– la economía de latifundios de los franceses, base racial y cultural del Haití independiente que mantendrá bajo su yugo, durante veintidós años, Santo Domingo después de la precaria experiencia revolucionaria de la llamada “Independencia efímera” de 1821. Como resume un estudioso, «el atraso congénito de los haitianos procedía por partida doble de su origen selvático africano y de su larga esclavitud bajo un colonato despiadado como fue el francés: la negritud era la síntesis de ambas desgracias, y el civilizado pueblo dominicano se mostró siempre impermeable al plasma cultural bárbaro»⁸. Así, a raíz de la invasión haitiana, «la idea de una “Reconquista” criolla obceca la imaginación de cierto sector de la intelectualidad», permeando «un discurso de la nación que ha permanecido prácticamente inalterado como matriz retórica fundamental desde los inicios de la República Dominicana en su vida independiente»⁹.

Ya en la primera década de la “Era de Trujillo”, entonces, esta lucha entre una “civilización” dominicana de idealizada tez blanca y atávicos valores hispánicos y la “barbarie” de procedencia africana de los vecinos haitianos desembocó en los nefastos acontecimientos de la ya mencionada masacre de Perejil, en 1937: millares de haitianos o presuntos residentes ilegalmente en la zona fronteriza de Santo

7. Estos, separando el Saint Domingue francés en la parte occidental del Santo Domingo español de la parte oriental, ponían las premisas para la constitución de dos estados nacionales distintos.

8. F. Iniesta, “Río Masacre 1937. La gesta ‘hispana’ del trujillato”, en *Estrategias de poder en América Latina: VII encuentro-debate América Latina ayer hoy*, Publicaciones Universitat de Barcelona, Barcelona, 2000, p. 317.

9. N. E. Rodríguez, “El rasero de la raza en la ensayística dominicana”, en *Revista Iberoamericana*, vol. LXX, abril-junio, 2004, pp. 473-490, p. 474.



Domingo fueron brutalmente asesinados en una matanza que asumió, según las estimaciones de algunos estudiosos, los contornos si no de un genocidio, al menos de una limpieza étnica brutal.

La “porosa”, irresuelta, frontera entre los dos estados se transformó así en una «línea épica», y la epopeya referida a su “dominicaniación”, evasiva mistificación de aquella cruenta matanza, permitió al tirano «transformar todo el fervor nacionalista antinorteamericano proveniente de la lucha contra la intervención de 1916 en antihaitianismo furibondo», anota Mateo. Por otra parte, como razona el intelectual, si el mundo norteamericano podía encarnar «un modelo “superior”, apetecible por los grupos gobernantes y los pequeños burgueses», «el modelo haitiano» aparecía en cambio a la luz también de los filtros cientificistas que habían abundado en las lecturas antropológicas del mestizaje latinoamericano, «“un paradigma marginal”, de preferencia rural, alejado del modelo de existencia ideal»¹⁰.

Ahora bien, era precisamente para reparar el descrédito internacional en el que era caída, a raíz de aquellos eventos trágicos, la isla antillana, más que por cualquier otra razón, que el dictador, en una urgente operación de “limpiamiento de su imagen”, decidía acoger los exiliados de la España de Franco, hasta entonces buen amigo suyo, y a los perseguidos de los totalitarismos fascista y nazi: «un año después de la matanza, Trujillo tuvo la oportunidad de limpiar su imagen en el exterior simulando un interés humanitario de cara a los más de treinta países que participaron en la Conferencia de Evian (Francia), en julio de 1938»¹¹.

Las contradicciones ideológicas que subyacen a la política inmigratoria trujillista¹² están en una relación simétrica, en efecto, con las

10. A. L. Mateo, “La frontera como línea épica de la dominicanidad”, en *Al filo de la dominicanidad*, La Trinitaria, Santo Domingo, 1996, p. 122. Pero deben ser tomados en consideración los reparos de un destacado estudioso, que invita a usar con cautela enfoques que acaben identificando en la consumación del genocidio la expresión apical de «un antihaitianismo supuestamente transhistórico», viendo más bien en el conflicto la concretización de un discurso manejado con desperjudicado cinismo por las élites culturales del momento en busca de un ideal homogéneo y excluyente de nación en contra de las mismas dinámicas culturales de una civilización fronteriza de sedimentada y pacífica formación intercultural y transnacional. R. Turits, “A World Destroyed, A Nation Imposed: The 1937 Haitian Massacre in the Dominican Republic”, en *Hispanic American Historical Review*, 82, n. 3, 2002, pp. 589-635.

11. C. Cañete Quesada, “Aspectos sobre raza y nación en dos obras del exilio español en la República Dominicana: Blanquito (1942) y Medina del Mar Caribe (1965)”, en *Migraciones y Exilios*, 9, 2008, pp. 31-48, p. 35.

12. Dejando de lado las de orden fáctico que en el giro de pocos años minaron la credibilidad de aquel proyecto, empujando a la mayoría de los exiliados españoles a reconsiderar su destinación en la región. Sobre el caso dominicano dentro de un más vasto escenario de reemigraciones partidas del área caribeña, cfr. M. Romero Samper, “Análisis del éxodo y actividad política”, en *El último exilio español en América. Grandeza y miseria de una formidable aventura*, edición de L. de Llera Esteban, MAPFRE, Madrid, 1996 (ver en especial el párrafo “Las limitaciones a la emigración americana”, pp. 107 y ss.).



que insidían los trayectos de los intelectuales que tomaron el camino del exilio, bien conscientes en realidad de estar yendo al encuentro de un país regido por un gobierno de demostrada vocación totalitarista y represiva. Aplica, pues, perfectamente al caso dominicano la «paradoja», señalada por Romero Samper, de aquellos exiliados «que siguen ejerciendo de tales (es decir, negándose a regresar a una España gobernada por Franco), mientras viven y hacen carrera, sin demasiados remilgos, en países gobernados por regímenes que de democracia sólo tenían de nombre y, a veces, ni eso»¹³.

Una paradoja que se ve encarnada ejemplarmente en la experiencia de Miró, autor que Vicente Llorens encasilla en la categoría –podríamos llamarla la lista negra– de aquellos autores que asumieron «actitudes políticas» cónsonas, por no decir vendidas, al trujillismo: como en los casos clamorosos de López Alarcón, «autor de unos *Sonetos a Trujillo*», o «del Serrano Poncela que, en una conferencia pronunciada en el Ateneo Dominicano, entonó “un himno al nazismo” y “afirmó con acentos místicos la misión providencial de Hitler”»¹⁴.

Miró, «el único representante de la bohemia literaria en la emigración», como lo retratan las breves páginas de *Memorias de una emigración* a él dedicadas, había fundado en 1941 Ágora, revista de temas literarios y artísticos. La publicación del periódico se había arrestado sin embargo al poco tiempo, con el frustrado intento de suicidio de su director, quien –según las inciertas evocaciones de Llorens– un día fue «a duras penas» rescatado por Troyano de los Ríos de las aguas del mar al que se lanzó, «lo que allí quería decir a los numerosos tiburones que lo poblaban» (aquellos tiburones que el Trujillo vargasllosiano de la *Fiesta del chivo* se complacía de haber bien alimentado con los cadáveres de sus enemigos políticos)¹⁵.

Su espíritu y su vida de «bohémio anarquizante» se reflejará en la publicación, poco más tarde, en 1942, de *Diez poemas amargos*, un poemario –como avisa el estudio– de evidentes reminiscencias modernistas, rebotante en efecto de metáforas preciosistas y de melancólicas escenografías crepusculares. Ya en 1943 el joven español daba testimonio de sus experimentaciones en la prosa con una colección de relatos, *Círculos de arena y de humo*, una obra de la que

13. M. Romero Samper, op. cit., p. 57.

14. M. Aznar Soler, “Estudio introductorio. Vicente Llorens en Santo Domingo, 1939-1945”, en V. Llorens, *Memorias de una emigración (Santo Domingo, 1939-1945)*, edición, estudio introductorio y notas de M. Aznar Soler, Biblioteca del Exilio, Sevilla, 2006, pp. 8-59, p. 28.

15. V. Llorens, op. cit., pp. 221.



aparentemente se ha perdido toda huella, no figurando tampoco en la reconstrucción de Llorens¹⁶.

Son historias de una humanidad inquieta o al borde de la desesperación, de hombres compenetrados con la condición de «ese médico de Zweig, que espera angustiosamente una nota con el reloj y la pistola encima de la mesa»¹⁷, de capitanes arruinados en escenarios remotos de la guerra de Marruecos, de mujeres suicidas o «a la deriva», de escritores andando «por los caminos del mundo y de los libros», frequentadores de los bajos fondos portuarios de una ciudad que bien podría ser Barcelona, planeando «la novela de los ensueños rotos, de las luchas y el hambre de centenares de emigrados, la novela del polizón, del descargador y del fugitivo»¹⁸. El amor, el eros, se carga de un barniz violentamente tropical (y destructor) en uno de ambientación dominicana, el capítulo de la novela “Dos sombras y un amanecer”, donde se asoma el retrato de una mujer que, con «su maravilloso cuerpo negro»¹⁹, arrastra en la locura pasional a su amante de una noche; mientras que en “Fidelina”, protagonizado por la vívida figura de una sirvienta negra, la temática racial es tratada según un enfoque social (y con una moraleja final de significados racistas).

Pero debemos renunciar por el momento a dar un ensayo también el más frugal de esta narrativa, y de la lírica de poco anterior de los *Poemas amargos*, para concentrarnos sobre los *Cartones de la frontera*. Con esta breve obra, publicada en 1945, Miró –no sabemos decir si por una iniciativa personal o por una propuesta del régimen difícilmente rechazable– deja las escapistas perspectivas del lenguaje lírico, y la melancólica poética de la errancia de su escritura en prosa anterior, dándose a una tarea intelectual de obligada extroversión política: para homenajear, con una retórica a momentos de sincopado ritmo marcial, la «gesta de la hispanidad», la empresa de la «dominicanización de la frontera» del general Trujillo.

Así se había dado a llamar la política de discriminación dominicana contra los haitianos, eufemística expresión que –de acuerdo con aquella vocación de la narratología trujillista realizada por Mateo– escondían, sublimándola en «una historia tanto evadida como fuese

16. B. Miró, *Círculos de arena y de humo. Relatos*, grabados de Alloza, Ciudad Trujillo, República Dominicana, 1943.

17. Id., “Una mujer a la deriva”, en *Círculos...*, cit., p. 42.

18. Ibídem, p. 38.

19. Id., “Dos sombras y un amanecer (capítulo de la novela)”, en *Círculos...*, cit., p. 30.



posible de su esencia silente»²⁰, la «sangre» vertida a golpes de machetazos de los vecinos en los días de Perejil.

Miró participará, al lado de tantos trujillistas dominicanos, con un fervor no inferior al de los más entusiastas de ellos, al dispositivo propagandista del régimen. Pondrá su pluma al servicio de la ya imponente literatura dominicana de la frontera, insertando sus enfáticos panegíricos en aquel «discurso de la repetición», como lo ha llamado Céspedes, a través del cual el antiguo baluarte de la cultura arielista dominicana, en su forzada conversión al «nacionalismo práctico» de la época trujillista, llevó a cabo «las tareas de forjar la ideología y la propaganda del régimen»²¹. Miró tenía a su favor, respecto a los colegas dominicanos, el hecho de poder hablar como un puro exponente de la raza española, como un testigo privilegiado de la cruzada de hispanidad del nuevo estadista.

Es oportuno observar, en una primera aproximación a un análisis de los registros y las modalidades narrativas prevalentes del texto de Miró, que este se destaca, en cierto sentido trata de imponerse, precisamente por la centralidad de una mirada, una voluntad testimonial. En primer lugar, una función testimonial es asegurada a los cartones de Miró por ser estos el fruto, según lo que se declara ya en la nota introductora al texto, de la observación directa, entre el agosto y septiembre del año 1943, de algunos lugares cruciales de la zona

20. A. L. Mateo, “La narratología trujillista le tenía horror a la sangre”, en *Al filo de la dominicanidad*, op. cit., p. 146.

21. D. Céspedes, “El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. nacionalismo práctico. Los intelectuales antes de y bajo Trujillo”, en *Los orígenes de la ideología trujillista*, edición de D. Céspedes, Biblioteca Nacional, Santo Domingo, 2002, pp. 147-222, p. 170. El pasaje de gran parte de la intelectualidad dominicana de la militancia arielista en función anti-yankee al nacionalismo “práctico” de la época de Trujillo había sido en el fondo favorecido, según el estudioso, por la persistencia dentro del pensamiento del intelectual uruguayo –que subyugó, como en ningún otro país de la región, la entera clase intelectual dominicana durante las tres primeras décadas del siglo– de un elitismo intelectual y un aristocraticismo político de sustancial vertebración antidemocrática. En este sentido, «los nuevos intelectuales encontraron en la dictadura de Trujillo la realización del Estado arielista: la calidad contra la tiranía del número», y se empeñaron en adecuar «a través de un gran esfuerzo mental de lucubración» «las antiguas teorías liberales» «a la dictadura a la cual servían» (ibídem, pp. 167, 150). Lo anterior, frente a la sustancial indiferencia de su iletrado déspota, «al cual le importaba un comino el malabarismo filosófico, sociológico o científicista que desplegaban esos intelectuales con el fin de “encontrarle (por todos los medios) coherencia al inexistente programa de acción del déspota”», comenta en diálogo con Incháustegui el estudioso en un pasaje que llama a la mente un memorable momento de *La fiesta del chivo* de Vargas Llosa, justamente enfocado sobre las relaciones entre el Generalísimo y su corte de intelectuales: «Yo no tengo tiempo para leer las pendejadas que escriben los intelectuales. Las poesías, las novelas. Las cuestiones de Estado son demasiado absorbentes. De Marrero Arísty, pese a trabajar tantos años conmigo, nunca leí nada. Ni *Over*, ni los artículos que escribí sobre mí, ni la *Historia dominicana*. Tampoco he leído las centenas de libros que me han dedicado los poetas, los dramaturgos, los novelistas. Ni siquiera las boberías de mi mujer las he leído. Yo no tengo tiempo para eso, ni para ver películas, oír música, ir al ballet o a las gallerías. Además, nunca me he fiado de los artistas. Son deshuesados, sin sentido del honor, propensos a la traición y muy serviles». Cfr. Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*, Madrid, Alfaguara, 2000, pp. 291-292.



fronteriza: una actividad de observación, ligada al recorrido de viaje, de la que se irradian, como se verá a continuación, específicas modalidades e inflexiones narrativas de su prosa, y que en general adquiere, dentro de su enfática homilía trujillista, el sentido de una participada militancia activa a la gesta nacional²².

Cabe resaltar, al respecto, el notable parecido con los escritos de Prestol Castillo, autor que no por casualidad Miró en diversas ocasiones trae a colación como uno de los más insignes de la nueva generación de la literatura dominicana. Sobre sus *Paisajes y meditaciones de una frontera* escribe Altagracia que «el ejercicio de la constitución del escenario observado por Prestol Castillo está marcado por la acción de desplazarse hacia la región fronteriza». El énfasis en el nexo entre el hecho de viajar, la observación directa en los lugares de la frontera y el proceso de la escritura apunta, como en el caso de Miró, «hacia el criterio de verdad y legitimidad de su argumento, basado en la noción de “haber estado allí” y de haber visto, de haber constatado personalmente lo que relata; es creer en la posibilidad de crear un cuadro fidedigno de lo observado»²³.

Regresando a Miró, la referencia a este rol de observador sociológico de la realidad dominicana se observa por ejemplo en la prosa final de “El parto”, en la que la función del *reporter* se carga definitivamente del sentido ulterior de una devota militancia, que lo promueve a «soldado» de la obra de dominicanización de la frontera puesta en marcha por el jefe²⁴. O se pueden ojear las páginas de “Tres ‘catisos’ frente al tribunal”, donde la condición del “testigo” se abre a un escenario específicamente jurídico, a las aulas de un tribunal donde se están enjuiciando a tres ciudadanos: «he seguido las huellas del catiso por las sabanas y las cumbres fronterizas. Hoy, le contemplo en las sala del Tribunal»²⁵.

Desde este especial ángulo visual, la contribución de Miró se abre a distintas modalidades narrativas, en las que a menudo vuelve a aflojar la tinta lírica de su anterior poesía: en una directriz ensayista, moviéndose hacia la regresión histórica o la nota literaria o la divagación

22. Como aclaran las palabras introductoras, Miró recorrió «la estrecha franja fronteriza que nace en la Patilla y El Carrizal, en los alrededores de Elías Piña, y que, poco trecho después orillando el Artibonito, trepa hasta el Cerro de San Francisco». Cfr. B. Miró, *Cartones de la frontera*, Editorial La Nación, Ciudad Trujillo, 1945, p. 9.

23. C. D. Altagracia Espada, “Las rutas espacio-temporales del paisaje-archivo fronterizo de Freddy Prestol Castillo”, en <http://repositorio.upr.edu:8080/jspui/bitstream/10586%20/495/1/Carlos%20Altagracia2.pdf> (consultado el 20 de junio de 2015).

24. B. Miró, “El parto”, en *Cartones...*, op. cit., p. 45.

25. Id., “3 ‘catisos’ frente al tribunal”, en *Cartones...*, op. cit., p. 33.



en la psicología de los pueblos, como, por ejemplo, respectivamente, en la prosa inicial “El drama histórico de la Isla de Santo Domingo”, en “Misión de la joven literatura dominicana en la frontera” y en “Tres ‘catisos’ frente al tribunal”; en general, en la mayoría de los casos, se inserta dentro de un registro de literatura costumbrista, que a través del corte rápido del cartón, de la estampa, del bosquejo, pretende recortar en la inmediatez escenas, paisajes, ságomos vivos del drama fronterizo y de la incipiente cruzada de civilización de Trujillo, captados por la atenta aunque extemporánea mirada del viajero en movimiento.

Pero, más allá de eso, Miró se esfuerza evidentemente de acentuar con todos los recursos retóricos a disposición el carácter especial, ejemplar, de un testimonio, el suyo, que se desprende del locus de observación y enunciación privilegiado del exilio, que brota de la mirada al mismo tiempo extranjera e íntima de un «peregrino de ultramar» reinsertado en los caminos de una hispanidad inmortal y aterritorial:

En los cuatro años que llevo en este noble y generoso país he podido comprobar hasta qué punto las esencias de los español están vivas en él. Mis impresiones no pueden ser las de un turista, que vé poco y pasa rápido. He recorrido casi todo el territorio dominicano, he cruzado caminos bordeados de reseca guasábaras y de cactus gigantescos, centinelas tristes del paisaje yermo, que me recordaron, en visión introvertida, la tristeza dramática y señorial de las tierras de Castilla. He reposado la fatiga de la larga marcha a la sombra de los jobillos y las bayahondas que se levantan al borde de sus ríos [...] He observado la unidad psicológica, la honda raíz espiritual hispana que abraza a todos los dominicanos, sin distinción de pigmentación. En todas partes he encontrado las huellas imborrables de la civilización cristiana y católica que sembrara España y el espíritu hidalgo de los grandes capitanes de Indias. Por herencia, por costumbres y sentimientos, la República Dominicana sigue siendo una provincia espiritual española y una ruta a través de la cual lo español se vierte en América²⁶.

El viajero se levanta a atento guardián de la raza, que, después de una sigilosa exploración, ha podido comprobar la «unidad psicológica» del pueblo antillano dentro de la huella española. Fatigado por la empresa, emite el veredicto con la serenidad también del hijo que encuentra como en su propia casa la patria, las esencias de lo hispánico,

26. Id., “El drama histórico de la isla de Santo Domingo”, en *Cartones...*, op. cit., p. 15.



y pude así adherir –como celebraba la nota a la obra de los editores– a «una cruzada de hispanidad tan suya como de los dominicanos».

En las emblemáticas páginas de “La manifestación en Bánica”, que se despliegan entre reiterados himnos al «sentimiento de hispanidad del Presidente Trujillo, nieto de español» (pero, en realidad, descendiente de parte materna de africanos haitianos, como también nos recuerda Vargas Llosa en *La fiesta del chivo*), en la ciudad de origen colonial que trasuda desde todos sus poros arquitectónicos genes españoles, durante la función que se celebra en la plaza mayor, el exiliado –extasiado por un vértigo de epifanías atávicas– puede abrazar al tiempo «la historia de mi Patria y la historia dominicana»; y el reconocimiento racial se proyecta, en el cierre de la secuencia, en el retrato del presidente que protagoniza el centro de la tribuna, «un cruce de hispanidad» él mismo²⁷.

En efecto, de acuerdo con los lineamientos fundamentales de la historiografía trujillista, el drama de la frontera dominico-haitiana es leído por Miró como una pugna constante, ya desde los primeros momentos de la historia colonial de la isla, entre las fuerzas autóctonas de la tradición española y las fuerzas espurias, desnacionalizadoras, de las que brotará la nación haitiana. Todo el proceso histórico de Haití, desde la prehistoria de aquellos «parias marinos», «aventureros, arrepentidos» y «soldados del mar cansados de las largas navegaciones y de las iras del Océano» que buscaron reposo en la isla, hasta la «historia de arrogantes y crueles caudillos de color» del «Haití libre de blancos e independiente», es leído y rechazado por nuestro autor bajo el signo de una “otredad”, una barbarie que amenaza la unidad territorial y la soberanía nacional de Santo Domingo²⁸. «No olvidemos que esta nación española, cristiana y católica que somos los dominicanos, surgió pura y homogénea en la unidad geográfica de la isla y que así se hubiera conservado hasta hoy a no ser por el injerto que desde los fines del siglo XVII se acopló en el tronco para inficionar su savia con la de agentes profunda y fatalmente distintos de los que en el principio crecieron en La Española», amonestaba Peña Battle en *Política de Trujillo*²⁹.

Es interesante notar que Miró, en el breve fresco histórico que abre sus *Cartones*, trata con aptitudes, digamos así, revisionistas, aquel episodio central de la historia de Santo Domingo en el cual estudiosos

27. Id., “La manifestación en Bánica”, en *Cartones...*, op. cit., pp. 20, 21.

28. Id., “El drama histórico de la isla de Santo Domingo”, op. cit., pp. 12, 14.

29. M. A. Peña Battle, *Política de Trujillo*, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1954, p. 66.



de la historiografía trujillista como el propio Peña Batlle, autor de *Las devastaciones de 1605 y 1606*, divisaban el momento de concreción apical de la laxitud administrativa con que la metrópoli española había gobernado a la isla antillana, la primera y la más maltratada de sus posesiones coloniales: nos referimos a la cédula, dictada por Felipe III en 1603, que –como se recordaba en las páginas introductoras de una voluminosa obra de Peña Battle– ordenaba a Antonio Ossorio, el gobernador y capitán general de La Española, «despoblar la Yaguana, Puerto de Plata y Bayahá, “por los rescates, tratos y contratos que sus vecinos tienen con los enemigos, y seguirse de estos muchos y muy grandes inconvenientes”»³⁰. Para interrumpir las relaciones de los habitantes de la colonia con los cargadores ingleses, franceses y holandeses, para aniquilar desde el origen –con la “pintoresca” expresión de fray Pedro Agustín Morell de Santa Cruz recordada por Peña Battle– «“el cáncer del comercio que contaminaba a estos pueblos”», «“por conservar la posesión de América, hizo España”», como había irónicamente anotado Montesquieu, «“lo que hace el despotismo: destruir a los habitantes”»³¹.

30. Id., “Causas de la dualidad social y política existente en la isla de Santo Domingo”, en *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 1988 [1946], p. 3. Como se declara en la advertencia preliminar, el diseño originario de la obra preveía dos volúmenes. El primero, editado por primera vez en 1946, convertido pronto en «un clásico estudio de nuestros problemas fronterizos desde la época colonial hasta el año 1901» (ibídem, p. IX), luego agotado, es el que se propone con la nueva edición. El otro, que nunca alcanzó a escribirse, abordaría el estudio del problema desde 1901 hasta 1946.

31. Ibídem, pp. 6, 38. Así que Peña Batlle identificaba en Ossorio «el padre de la dualidad social y étnica en que aquella [isla] se ha repartido y el causante de la languidez y el abatimiento con que se ha desarrollado la nacionalidad dominicana» (ibídem, p. 22): otro arraigado tópico, este de una condición de congénita debilidad y carencia de energías políticas del pueblo dominicano, que acompaña la reflexión sobre la cuestión nacional ya desde sus primeros lineamientos decimonónicos, y explica, en la primera fase de su independencia, los diversos intentos de devolución de los destinos políticos del país a un protectorado extranjero. Una aptitud de fatalista resignación que, reflexiona Carrón en un ensayo sobre el pensamiento identitario en República Dominicana, seguramente constituye una de las más vistosas diferencias del proceso de formación nacional respecto a los demás países latinoamericanos (cfr. H. Carrón, “La nación como tragedia. El pensamiento identitario de la República Dominicana en el siglo XIX”, en *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol. 8, 2010, pp. 241-259). Como analiza Altagracia en su ya mencionado artículo, también Prestol Castillo, en otra obra central de la “literatura de la frontera”, *Paisajes y meditaciones de la frontera*, «asume el relato que entiende a las devastaciones de Ossorio como una amputación de la historia y la geografía dominicana. Para él, las devastaciones significaron la amputación de un cardinal, el Oeste. El cuerpo de la patria quedó deforme, una parte “natural” de la isla que le correspondía fue desligada y allí surgió otra cosa diferente y deforme de la realidad del Este. A partir de aquel momento el nombre de la Isla fue dividido en dos puntos cardinales; en la historia oficial dominicana, el Oeste fue demonizado y equiparado a Haití, mientras que el Este fue victimizado». Sobre el mismo problema de las gestiones comerciales de la metrópoli española con las posesiones coloniales y sus infinitas guerras a la piratería y al contrabando, Joaquín Balaguer en *La realidad dominicana* se remeta a una reflexión afín del argentino Alejandro Korn en *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (1936), según el cual «a España la gobernó el idealismo obcecado, que pretendía amoldar los hechos a las normas preconcebidas de sus visiones trascendentales». Cfr. J. Balaguer, *La realidad dominicana. Semblanza de un país y de un régimen*, Imprenta Ferrari Hermanos, Buenos Aires, 1947, p. 17.



Ahora bien, a los ojos de Miró –deslumbrados por aquel genio desmesurado de España que suscitaba la mofa de los ilustrados franceses– la medida extrema de Ossorio, que redujo parte de la posesión española a «res derelicta», contribuyendo, con la grave decadencia demográfica que le siguió, a debilitarla frente a la prepotente ofensiva haitiana, no es tachable de una manera taxativa de «reprobable». El gesto extremo obedecía, de hecho, al intento de restablecer el torcido curso de las esencias hispánicas en la posesión ultramarina, de preservar aquella «sabía» prístina de la nación amenazada –como diría Peña Battle– por «elementos extraños a su naturaleza y a su constitución»³². «¿Los intereses comerciales de la colonia marchaban en la misma dirección de los intereses espirituales de la hispanidad?», se pregunta retóricamente el escritor. Quien, para contestar a la difícil cuestión, se remite a las enseñanzas de una más conocida protagonista del exilio republicano, a María Zambrano, a sus reflexiones sobre un genio español contradictoriamente, «detenido maravillosamente» –en su curso de civilización– «entre la razón y la locura»³³.

Loco y sabio al tiempo –insinúa Miró– el gesto de Ossorio, que lleva a las últimas consecuencias una visión imperial fundada, no sobre la dimensión comercial de la «inversión», sino en la cifra espiritual, «pasional», del «impulso»: impulso, pues, de guardar en un territorio amenazado por el espíritu mercantilista de los aventureros nórdicos, «enemigos de nuestra santa fe católica», amenazado también por la invasión de libros de sectas extranjeras, «el espíritu hispano»: «este espíritu hispano que ha conservado la República Dominicana y que va más allá de la intrincada red de pigmentación»³⁴.

Las herencias conceptuales del hispanismo que Miró, en sus *Cartones de la frontera*, pone a fundamento de la ideología de Trujillo, se aclaran mejor en las páginas “Misión de la joven literatura dominicana en la frontera”: “Tres minutos de digestión” en los que el exiliado se apura a denunciar su «deuda de gratitud» con la llamada generación del 98. Costa denunciando a gritos la desertificación de España; Francisco Giner y Cossío escarbando en el misterio de la pintura de El Greco; Azorín y Zuloaga reviviendo en la literatura y en la pintura el polvo de los antiguos caminos de Castilla; Machado, Unamuno, Pérez de Ayala y Valle-Inclán (el autor no es consecuente con su llamado de algunos años antes y menciona también a Baroja como al autor de

32. M. A. Peña Battle, *Política de Trujillo*, op. cit., p. 66.

33. B. Miró, “El drama histórico de la isla de Santo Domingo”, op. cit., p. 13.

34. *Ibid.*



las «estampas místicas, introvertidas, de “Troteras y Danzaderas” y “Camino de Perfección”»)»³⁵...

Con los hombres del 98, testimonios del definitivo derrumbe del imperio de ultramar, «España deja de mirar hacia sus puertos y se repliega en sí misma, llora su tristeza y el desamparo de sus campos yermos», recuerda el catalán en pasajes en los que resuenan improvisamente proyecciones de su traicionada fe republicana. El autor se abandona con entusiasmo a una visión esperanzadora de una España que, bajo la iniciativa de «las regiones, que agonizan olvidadas», pero tras la dirección de Castilla, «la gran creadora», «dará al traste con la Monarquía, al grito de Las provincias en pie»; de una «juventud española» que, «con la República», «continuará la obra de los hombres del 98, lanzándose por todos los caminos en siembra de futuro»³⁶.

La del 98 era una temporada que, cabe recordar, había sometido a una importante transformación conceptual el viejo concepto, cargado de fuertes connotaciones imperialistas, de hispanidad, que, en las formulaciones de Ganivet y Unamuno en especial, se despega de toda concepción territorial y determinación política, definiéndose –en las propuestas del autor vasco en particular– alrededor del valor aglutinante de la lengua, definida como la linfa vital, la «sangre», del cuerpo espiritual de la raza hispana transatlántica³⁷.

La reflexión hispanista de los autores del 98 desde las premisas del pensamiento liberal, si, por un lado, imponía una evidente ruptura con visiones tradicionalistas anteriores –de las cuales minusvaloraban el elemento de identificación del elemento religioso, y rechazaban en principio la idea de la continuidad de un tutelaje espiritual, cultural, de la ex madre patria sobre la “hijas” hispanoamericanas–, por el otro,

35. Id., “(3 minutos de digresión) Misión de la joven literatura dominicana en la frontera”, en *Cartones...*, op. cit., p. 26.

36. *Ibid.*

37. Surge con ellos un hispanoamericanismo que –como ha comentado García Pérez– «pone de manifiesto la realidad de una profunda ruptura con la visión férreamente españolista, hegemónica y en muchas ocasiones justificadora del dominio territorial que había estado en vigencia hasta los últimos años del siglo XIX». J. García Pérez, “Entre el ‘imperialismo pacífico’ y la idea de ‘fraternidad hispanoamericana’: algunas reflexiones sobre la imagen de América Latina en la España de fines del siglo XIX”, en L. Zea y M. Magallón (eds.), *1898 ¿desastre o reconciliación?*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, p. 120. Los estudiosos han subrayado el valor utópico y consolador de esta idea, cuya elaboración conceptual venía a compensar en una esfera de valores extrapolíticos la pérdida del imperio colonial, transfigurándolo en una nueva comunidad imaginaria que desde España se desplazaba a las antiguas provincias americanas: «esta idea de clara y sencilla demarcación, circunscribe los nuevos países de América Latina, junto con España, en una coexistencia quimérica ideal de la antigua metrópolis y sus colonias que vino a sustituir a la devastadora realidad política interna y externa del imperio español». Cfr. V. Santos-Rivero, *Unamuno y el sueño colonial*, Vervuert/Iberoamericana, Frankfurt am Main/Madrid, 2005, p. 23.



con los caracteres ampliamente mitográficos e irracionalistas de su encuesta identitaria, en cierta medida habría proporcionado las premisas, como han analizado unos estudiosos, para el replanteamiento de la hispanidad como un bastión ideológico del pensamiento conservador, derechista y fascista, de las décadas de los veinte y treinta. Tras la victoria de Primo de Rivera en la guerra de Marruecos de 1926, «el hispanismo se volvió moneda corriente en cualquier referencia a los antiguos territorios del imperio español»³⁸, sometiendo a un nuevo giro teórico, con los aportes de intelectuales como Maeztu, Pemán y García Morente, entre otros, la vieja idea de una misión imperial de la península –la antigua, indefectible paladina del catolicismo, ahora levantada contra el espectro del comunismo– en el mundo hispanoamericano.

Ahora bien, por más que el autor aparente solidarizarse con la “invención de España” –para decirlo con la expresión de un importante título de Inman Fox sobre el tema– de los protagonistas de la llamada generación del 98, es sobre todo con las figuraciones de la España guerrera y misionera, católica y tradicionalista del segundo Maeztu de la *Defensa de la hispanidad* que encaja el alegato hispanista de Miró en *Cartones de la frontera*. Con una retórica seca y marcial, alude a una idea de lo hispánico como esencia metaterritorial, como una matriz cultural en perenne peregrinación por los caminos de la “historia universal”, lo que promueve la autoidentificación del exiliado como «un peregrino de ultramar». Son las suyas vagas divagaciones de una manera retórica hispanófila, ciertamente no sometidas a grandes esfuerzos de elaboración conceptual, pero que dejan sin embargo aflorar recurrentes tópicos y núcleos reflexivos de toda una larga temporada de angustiadas cavilaciones sobre “el problema de España”.

Se recordarán, al respecto, las reflexiones de Ganivet, el sufrido precursor de la “generación” del 98, sobre una historia nacional determinada por el destino de haber sido continuamente desviada su vocación hacia empresas geográficamente lejanas y ajenas a su genuino interés; de ahí el llamado del escritor granadino a encerrar con llave, en los límites nacionales, el “espíritu del territorio” español tan congénitamente propenso a escaparse por las vías de los mares. En Unamuno, marcadamente en el breve texto ensayístico “Los salidos y los mestureros”, o en Menéndez Pidal, en su vasta encuesta filológico-identitaria sobre el Medioevo épico del Cid y del Romancero,

38. R. Pérez Montfort, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 21.



igualmente se forja una idea de una España de esencias virtuosas destinada a sucumbir, en un metafísico destierro, frente a las fuerzas exógenas de la “casta histórica” que se han apoderado de los destinos políticos del país³⁹.

Es una idea que, anotamos de paso, se asoma en un pensativo balance de otro exiliado español en Santo Domingo, aquel Serrano Poncela que, según reconstruye Llorens, había pasado con un acrobático salto ideológico de la militancia comunista en la patria ya arrasada por la guerra civil a la orilla extrema del nacionalsocialismo, impúdicamente idolatrado en una conferencia en la que, con himnos a Hitler y al nazismo, dejó estupefacta a la platea de los compañeros de exilio. En su *El peregrino español*, recorrido viajero por una España de esencias cidianas y de guiños noventayochistas, el exiliado reflexionaba:

Al mismo tiempo se me viene en mientes el recuerdo de algunos malaventurados que por esta estúpida condición humana que reniega de su destino, intervinieron en eso que se ha dado en llamarse “guerra civil de España”; no nuestra, de los españoles, sino de las ideas e ideologías ajenas que cabalgaban nuestro torso desde años atrás. Ahora, tales víctimas de la malevolencia ajena ruedan y se ahogan desterradas por los mares de sus tristezas, desterradas sin grandeza y sin alimento interior para rehacer su fe en el destierro⁴⁰.

Mientras tanto, nuestro Miró, menos meditabundo y más optimista en la dimensión asertiva, panfletaria, de su discurso, se limita a proferir: «España es ruta y espíritu. Es un vértice de rumbos en la Historia Universal. Marinera, quijotesca, cristiana. Es el navegante, el misionero, el artista y el soldado. Por ese destino suyo, yo, español de la nueva causa, soy un peregrino de ultramar»⁴¹.

39. Al respecto, evocando las reflexiones de Unamuno, Abellán ha realizado «la importancia del fenómeno que llamamos “exilio” a lo largo de toda la historia de España, no solo por haberse reiterado estos a lo largo de toda la historia de España, no sólo por haberse reiterado éstos a lo largo de los siglos, sino por haberse constituido a su vez en paradigma simbólico de una actitud ante la vida». Cfr. J. L. Abellán, *Los secretos del Cervantes y el exilio de don Quijote*, presentación de A. Alvar, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares (Madrid), 2006, p. 98. Cfr. en particular el capítulo “Don Quijote símbolo del exilio”, pp. 101-111. Con respecto al «laberinto de exilios» de la cultura española –laberinto de exilios materiales, pero también de abstractas teorizaciones de una identidad “exiliada”, “meta-territorial”, del ser hispánico, anteriores al dramático éxodo humano e intelectual que se produciría a partir de la crisis institucional de los años treinta– se puede consultar la recopilación de estudios a cargo de S. Barriales-Bouche, *España: ¿laberinto de exilios?*, Juan de la Cuesta, Newark (Delaware), 2005.

40. S. Serrano Poncela, *Un peregrino español*, La Información, Santiago (República Dominicana), 1940, p. 58.

41. B. Miró, “Una manifestación en Bánica”, en *Cartones...*, op. cit., p. 22.



Y a celebrar como una victoria de todos, de toda la inmensa «provincia espiritual» hispánica, el hecho de que los conatos de regeneración de los fervorosos espíritus de la España del 98 se hayan encarnado triunfalmente en la obra civilizatoria de Trujillo. Dejada súbitamente la perspectiva de aquella España noventayochista que resucitaba «viejos pueblos dormidos [...] de su letargo de siglos», que reanudaba «sobre tabladros improvisados» «la vieja canción castellana y el teatro de Lope de Vega y Tirso de Molina», el peregrino vuelve a fijar la mirada sobre la figura del dictador dominicano y sus eméritas hazañas⁴².

Recurre, pues, en cada paso del libro, la definición de la “dominicanización de la frontera” como «gesta de hispanidad», y la exaltación del “Generalísimo” como «nieto de español» que «llega con la cruz y la escuela, con el agua y el arado, con el limpio idioma castellano, clavando las cinco estrellas de su banderín de armas en el cielo olvidado de la frontera»⁴³: de acuerdo con aquella redundante iconografía del régimen que, para consustanciar la equivalencia entre «lo hispánico y lo dominicano», nos recuerda Mateo, había promovido la identificación de las hazañas de Trujillo como la gesta de un Cid Campeador, y su misma autodefinición «como “un español allende los mares”»⁴⁴. Culmina el fragmento con la definición de la empresa como «Reconquista», con letra mayúscula: ¿no son, en fin de cuentas, estos negros haitianos hermanos de los moros contra los cuales lucharon incansables durante siglos los progenitores hispánicos?, ¿y que, ganada la guerra, vinieron a sembrar en tierra americana las semillas de la hispanidad, lidiando contra otras abyectas supersticiones?

No estamos frente a una ocurrencia brotada del «fanatismo laudatorio», como lo ha llamado Cañete Quesada⁴⁵, de nuestro exiliado, sino frente a otro condensado tópico de la mitología trujillista sobre las hazañas fronterizas. Se encuentra por ejemplo en la ya mencionada *La realidad dominicana* de Joaquín Balaguer, quien en páginas dedicadas al problema de la defensa territorial de la nación dominicana, establecía una equivalencia entre «la grandiosa empresa acometida por el Presidente Trujillo para nacionalizar las fronteras dominicanas» «con la que realizó Isabel la Católica para extirpar de España a la morisma y para depurar la raza con el auxilio del Santo Oficio y con el memorable edicto de 1492»⁴⁶.

42. Id., “(3 minutos de digresión)...”, cit., en *Cartones...*, op. cit., p. 26.

43. Id., “El drama histórico de la isla de Santo Domingo”, op. cit., pp. 16.

44. A. L. Mateo, “El indigenismo haitiano”, en *Al filo de la dominicanidad*, op. cit., p. 76.

45. C. Cañete Quesada, op. cit., p. 39.

46. J. Balaguer, op. cit., p. 93.



Denunciadas sus deudas en la directriz de la literatura patria, Miró pasa a explicitar su campo de referencias en los nuevos dominios de la literatura dominicana: Moscoso Puello en *Cañas y Bueyes*, Marrero Aristy en *Over*, los cuentos de Hilma Contreras, José Rijo y Sócrates Nolasco. Una «joven literatura en marcha», que sin embargo no ha asumido como se podía esperar la tarea de forjar, «desde la acción reivindicadora del Presidente Trujillo», una «literatura de la frontera» autóctona, que grabe en la literatura «la obra del Jefe en la frontera». Empiezan a delinear el repertorio los discursos de Peña Batlle y los estudios de Rafael Augusto Sánchez, sin contar la «magnífica prosa» de Freddy Prestol Castillo, y la narrativa del mismo Marrero Aristy, entre los más pródigos entre los «misioneros de la nueva Patria»; pero esta tradición incipiente aún «precisa sus cantores» –estima el catalán con la evidente intención de realzar la originalidad de su contribución al discurso literario nacional⁴⁷.

Se trata de una tradición, en efecto, bien específica dentro de aquel canon literario que, marcadamente en la década de los treinta, pero sobre las huellas de una sólida tradición decimonónica, como se ha visto, «blanqueó con más éxito que la inmigración la autoimagen racial de los negros dominicanos»⁴⁸.

En diálogo con los autores mayores de esta literatura, Miró en cada página de sus *Cartones* se dedica a contrastar las luces incipientes del genio hispánico con la noche misteriosa e insalvable del mundo haitiano. De acuerdo con aquella literatura, en particular con los *Paisajes* de Prestol Castillo, y el proceso de primitivización, como ha sido definido, de la identidad haitiana llevado a cabo por ellos, el autor sumerge al haitiano dentro de un espectro simbólico definido por las figuras obsesivamente repetidas de la noche (solidaria con el color de su piel, cómplice de su desenfreno sensorial y sus ladronerías), el clerén, el «acoplamiento sin freno», «el canto africano», «la tambora», «los espasmos del voodoo», los balbuceos del *creol*⁴⁹.

En un escenario nocturno se desarrollan, por ejemplo, los testimonios de “La casa y el bohío”: se trata de una de aquellas noches

47. B. Miró, “(3 minutos de digestión)...”, cit., en *Cartones...*, cit., pp. 27, 28.

48. G. Maglia, *De la machina imperial a la vereda tropical. Poesía, identidad y nación en el Caribe afrohispánico*, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2009, p. 225. Ver en particular, de la sección dedicada a República Dominicana (“República Dominicana: ‘con tu tamaño nacional tirado sobre el Caribe’”, pp. 196-247), el apartado “La literatura como instrumento de blanqueamiento nacional”, pp. 223-225).

49. B. Miró, “3 ‘catisos’ frente al tribunal”, op. cit., p. 35. Estos mismos términos, sin variaciones sustanciales en la adjetivación, aparecen en cualquier lugar donde se necesite anunciar la presencia o describir la existencia del haitiano.



fronterizas en las que la intelectualidad dominicana había identificado el oscuro impulso delincencial del pueblo haitiano⁵⁰. Más allá de la raya fronteriza, de la barrera de la civilización de Trujillo, se asoma una noche amenazante, habitada por «el canto [...] del tambor y el lejano rito africano», en la cual se adensa «la ancestral ociosidad» que genera en «promiscuidad fatídica» los hijos de Haití: bajo el dominio del «deseo que golpea en la sien y en la sangre», empujando «hacia el incesto». Si el signo arquitectónico de las tierras profanadas por la ignorancia africana es el primitivo y precario bohío del marotero, al otro lado de la frontera, en Elías Piña, luce la «casa de madera» construida por el genio de Trujillo: al amparo de esta se agregan, bajo la pluma de Miró, los símbolos de la “patria nueva”: «la familia, la religión, el libro, el habla. El concepto de la nacionalidad»⁵¹.

En el ya citado texto “Tres ‘catisos’ frente al tribunal”, desde las aulas del tribunal donde tres ciudadanos esperan las sentencia para sus pequeños crímenes fronterizos, las reflexiones del testigo español se dirigen al fondo del problema racial en La Española, fijando la mirada sobre un ejemplar humano que había estado en el centro también de las observaciones etnográficas de Prestol Castillo: el catiso, el habitante de la frontera, la híbrida raza descendiente de la unión del dominicano con la haitiana, en palabras del escritor dominicano «un pueblo amorfo y primitivo, totalmente descastado de las dos historias de la isla, pero unido a Haití por un fuerte cordón umbilical de fetichismo»⁵².

Negando con resolución la que reputa la errónea lectura racial de Prestol Castillo, de quien cita un significativo pasaje⁵³, Miró parece

50. Recurriendo, en efecto, a una estrategia consolidada de los discursos raciales en el área caribeña y en general latinoamericana, en los que, como se analiza en un estudio, «la marginalización racial y económica» de los sujetos subalternos es perseguida por la vía de la «criminalización del inmigrante como invasor» y sujeto delincencial. Cfr. I. Reyes-Santos, “Capital neoliberal, raza, migración: análisis comparativo de relaciones dominico-haitianas y dominico-puertorriqueñas”, en *Revue européenne de migrations internationales* (en línea), vol. 4, n. 1, 2008, pp. 1-16, p. 7 (volumen dedicado a “Les migrants caribéens: réseaux et descendance”). Consultado en fecha 15 de julio de 2015: <https://remi.revues.org/4245>

51. B. Miró, “La casa y el bohío”, en op. cit., p. 18. En una media página Miró adensa los tópicos fundamentales que la intelectualidad dominicana del tiempo refería al mundo haitiano: lujuria, instinto animal hacia la reproducción (que amenazan la delgada consistencia demográfica del dominicano), falta de sentido cívico y laboriosidad social, prácticas supersticiosas, en especial el ritual “demoníaco” del voodoo (que corrompen el sentido religioso, aunque arraigado, de los habitantes hispánicos), comportamientos delincuenciales. Cfr. con algunos pasajes de la ya citada obra de Balaguer, que, si no fuera por el castellano contemporáneo, parecerían extraídos de la vieja literatura de los detractores de la humanidad del habitante del nuevo mundo: “Aspecto moral” y “Aspecto social”, pp. 94 -98 y 102-108.

52. F. Prestol Castillo, *Paisajes y meditaciones de una frontera*, Editorial Cosmopolita, Ciudad Trujillo, p. 41.

53. «En la amalgama del catiso están vigentes, en efecto, dos sangres: la de Haití, en su mayor



tomar la distancia también de las clásicas visiones geográfico-deterministas: «por fortuna, en nuestros días la ciencia se ha hecho un poco poética y la etnografía se liberó de la geografía, del marco», declara. Pero, aparentemente, nuestro «peregrino de ultramar» no logra superar, con la interpretación ofrecida al lector poco después –inscrita, como el mismo autor resalta, en una línea investigativa «étnica-psíquica»–, esquemas igualmente superados de una vaga etnopsicología, y va a ampararse en un ambiguo esencialismo cultural, embellecido en su formulación por la abusada metáfora de la noche africana: «lo que caracteriza al negro haitiano es la supervivencia en él de costumbres y ritos ancestrales, su permanencia psíquica en el misterio de su lejana noche africana»⁵⁴.

En el choque con «la raza primitiva» el catiso ha perdido, «borrado» o «adormecido» «las esencias del espíritu español que heredó el dominicano»⁵⁵, argumenta Miró, abordando una explicación historicista en efecto ya desarrollada con fuerza por el propio Prestol Castillo. Para el autor de los *Paisajes*, de hecho, «el negro del Este es un auténtico español», un elemento plenamente integrado «en lo español»⁵⁶, debido eso a las dos diferentes experiencias de esclavitud que se habían gestionado en la isla: más reciente la haitiana, demasiado reciente para que la herencia africana se depurara en el modelo de civilización occidental importada por los franceses; más larga y por lo tanto armónicamente sedimentada en el modelo español la negritud del este.

Según ha analizado Altagracia Espada, Prestol Castillo inserta en el paisaje de la antigua La Española dos temporalidades distintas a partir de las cuales leer las incomunicables trayectorias biológicas, culturales e históricas de las dos naciones, blanqueando espiritualmente, con argumentos sustancialmente ficticios, la insidiosa negritud que mancha la pureza racial y cultural de lo dominicano, y descargando sobre la cercana otredad negra haitiana toda la carga de la barbarie propia indeseable. Diferentemente de otros países del Caribe, en donde la construcción de la identidad nacional, vejada por los mismos estigmas raciales, afronta «“la amenaza negra” dentro de su territorio», «los dominicanos la proyectan afuera», reflexiona Maglia: República

grado de autenticidad “negra”; y la nuestra, que llega al través de un negro relativamente evolucionado, o al través de un mulato, que ya carga una cantidad de sangre de blanco. En aquel vértice biológico, la corriente más densa y más definida ha de predominar, y el predominio corresponde al negro más auténtico». F. Prestol Castillo, op. cit., p. 22.

54. B. Miró, “3 ‘catisos’ frente al tribunal”, op. cit., p. 35.

55. *Ibidem*, p. 36.

56. F. Prestol Castillo, op. cit., p. 46.



Dominicana se convierte así «en un paraíso blanqueado custodiado por la dictadura, solución autoritaria de las élites frente al “peligro negro” del vecino occidental»⁵⁷.

Levantado a centinela de aquella ciudadela de orgullosos ancestros españoles, Miró, como se estaba diciendo, hace sin embargo un esfuerzo para evitar el vocabulario biológico de todas formas adoptado por un Prestol Castillo, encubriendo detrás de una esfumada pátina lexical de tenor espiritualista los argumentos abiertamente raciales de la nueva generación de los intelectuales trujillistas. Se despiden en principio las más rígidas visiones biológicas, espiritualizando el concepto de raza: así que, por ejemplo, a los ojos del catalán, no resulta peligroso que queden también en la República Dominicana, muy escasos, sobrevivientes del «negro puro», ya que este ha sorbido toda la linfa de la civilización hispánica y «ninguna característica psicológica le distingue del mulato o del blanco»⁵⁸. Pero igualmente se establecen jerarquías factuales entre “espíritus” mejores, gérmenes de civilizaciones avanzadas, y “espíritus” inferiores, que no logran desprenderse nunca del oscuro estadio de la «noche» prehistórica, de la «raza primitiva».

Una noche, en la que se sumergía con maravilla la nueva lección del surrealismo europeo, una noche, densa de remotos recados de la herencia precolombina y africana, en la que empezaba a bañarse la imaginación de los literatos hispanoamericanos frecuentadores de la nueva realidad del “realismo mágico” o de “lo real maravilloso”, esta también una realidad liminal, fronteriza, y de los nuevos portavoces de la *creolidad* afrocaribeña.

Pero Miró, como la mayor parte de los colegas de la incipiente “literatura de la frontera”, no está dispuesto, o no es capaz, de franquear la frontera, aunque tal vez, como apunta Vicente Llorens a propósito del relato de “Tomasino Rosario” (donde se explota hasta lo imposible el recurso imaginativo de la noche africana), haya sentido tal vez la fascinación de aquella turbadora diversidad. Escribiendo para Trujillo, solo debe contrastar las tinieblas del mundo haitiano con la luz, carga de destellos castellanos, de la misión del tirano dominicano.

Pero pronto, nuestro exiliado emprenderá nuevamente el viaje, cruzando la frontera del océano, hasta llegar, probablemente después de una escala en Venezuela, a tierras de Colombia. Extremadamente lagunosas son las noticias que se poseen sobre esta nueva etapa del

57. G. Maglia, op. cit., p. 218.

58. B. Miró, “3 ‘catisos’ frente al tribunal”, op. cit., p. 36.



exilio del catalán. Una nota editorial de la *Revista de América* de abril de 1946 da cuenta de su aparición, pocos meses antes, en los «desvaídos cenáculos intelectuales de la capital»:

Un muchacho español de gran simpatía, de charla amena, de evidente cultura, alto, rubicundo y sinsombrerista. Venía –en orden retrospectivo– de Venezuela, de “Trujilandia” (República Dominicana), de Francia, de la guerra civil española. Se le acogió fraternalmente porque se advirtió en él, desde el primer momento, a un buen escritor y a un camarada excelente⁵⁹.

El anónimo periodista continúa anunciando así la publicación en el mismo número de la revista de unos extractos de su *Cartones de la frontera* –definidos impropriadamente como una novela, reveladora de «un claro y definido temperamento literario»–, y precisando una interesante aclaración. La negativa del autor, frente a la solicitud de los «“Chapitas”» y los «áulicos» de la academia dominicana, de publicar su obra «con salvedades, con enmiendas» habría causado el malhumor del dictador y en consecuencia, a corto plazo, su tempestiva huida hacia Venezuela. El autor estaría entregando ahora este extracto a la *Revista de América* «menos como una primicia literaria que como un recurso de defensa personal: es posible que en Trujilandia aparezca su novela, mutilada, adobada según la gana –decir el gusto sería demasiado– del dictador»⁶⁰.

El exiliado en Colombia está evidentemente tratando de tomar la distancia del no muy enaltecido testimonio de la época dominicana, descargando sobre los censores del trujillismo la autoridad de sus enfáticos panegíricos, abriéndose un nuevo camino en los círculos intelectuales de la nación. Otro par de testimonios dan cuentas de su breve parábola por el país, según las evocaciones de Fuenmayor, como escritor de crónicas para *Cromos*, y, para *El Tiempo*, «de unas notas puras, delicadas, de intensa poesía y de un hondo sabor humano»⁶¹. El importante integrante del Grupo de Barranquilla recuerda su pasaje por la ciudad costeña, al lado de la polémica figura de otro, más importante exiliado, León Felipe, quien en aquellos días lanzaba «con sus amplios ademanes de profeta» anatemas contra

59. *Revista de América*, vol. VI, n. 16, abril de 1946, p. VI.

60. *Ibid.* La “primicia” corresponde a extractos de los capítulos “Caminos de novela” y “Tomasi-
na Rosario”. Cfr. *Haití, 4 kilómetros*, pp. 88-93.

61. A. Fuenmayor, *Crónicas sobre el Grupo de Barranquilla*, Instituto Colombiano de Cultura, Editorial Linotipia Bolívar Ltda, Bogotá, 1978, p. 129.



el culpable silencio de la iglesia de Pío XII. Miró, en compañía de Alejandro Casona, llegaba a la ciudad para dar unas conferencias para la estación de radio de la Dirección de Extensión Cultural, dirigida por Fuenmayor, con el objetivo de completar «los tiquetes hasta Buenos Aires, que era entonces su destino y que lo fue en un sentido más literal y trágico de lo que en un principio pudo él imaginar»⁶².

Unas evocaciones de Arnoldo Palacios, escritas para *El Sábado* el 13 de noviembre de 1948 –según se declara en las líneas introductoras, un año después de la trágica muerte en Buenos Aires–, retratan en cambio el perfil de «un vagamundo sentimental», un «amigo desesperado en los caminos del mundo», en «el ambiente poco “intelectual” de Cali», entre bohemias habitaciones de hoteles anónimos e improvisados cenáculos de escritores sin fama amontonados sobre pilas de revistas, fascinados por la melancólica figura y el nómada testamento literario del exiliado: «Baltasar nos enseñó que era urgente andar mucho. Recibir el sol en diferentes caminos. Amasar tierras de más allá. Y embriagarse de todos los paisajes»⁶³. El autor recuerda breves fragmentos de la prosa de Miró, prueba de la fugaz y efímera circulación de su obra en el país, en particular unos extractos de la novela inconclusa o dispersa *Dos sombras y un amanecer*, en uno de los cuales se asoma la figura del escritor rumano Panait Istrati, prototipo de los “vagabundos sentimentales” que deambulan por su mundo narrativo, anárquico modelo para el mismo peregrino español encaminado hacia la muerte: “pero llevaba un libro de un escritor extraño, de un vagabundo sentimental y heteróclito, que a la vuelta de todos los países de su imaginación encontró sólo la inquietud inaprehensible del cosmos y la muerte lenta entre las blancas paredes de un hospital: Panait Istrati...”⁶⁴.

Ironía de la suerte, en esta evocación afectuosa pungida por la conmoción, Palacios, el cantor de la negritud colombiana, impreca contra aquella «hispanidad» que había resonado, haciendo eco puntual al nombre de Trujillo, en casi cada página de los *Cartones de la frontera* del amigo llorado:

¡Libertad! La libertad asesinada por Franco. La libertad despedazada en Colombia por los agentes de la falange pestilente. Los asesinos de España y de Colombia, refugiados en un charco de sangre dizque para hablar

62. *Ibíd.*

63. A. Palacios, *Un vagamundo sentimental*, en *Cuando yo empezaba*, investigación y recopilación de A. Castillo Granada, Ediciones San Librario, Bogotá, 2009, pp. 113, 114.

64. *Ibíd.*, p. 114. Cfr. B. Miró, “Dos sombras y un amanecer (capítulo de la novela)”, *op. cit.*, p. 29.



de HISPANIDAD... Qué el verdadero Cristo del Gólgota y nuestro Don Quijote nos salven del criterio de la Hispanidad forjado con sangre inocente por los asesinos de todo el mundo sentados a la diestra de Franco⁶⁵.

«Franco lo mató», diría también Cepeda Samudio en una indignada conferencia dedicada a su nombre, como recordaba Fuenmayor.

Y para concluir este giro de testimonios literarios, leves huellas de los pasos del español en viaje hacia su último destino, citamos los versos de un epitafio de Maruja Vieira recogido en *Los nombres de la ausencia*, colección de poemas dedicados a la memoria de figuras desaparecidas:

Amigo, ha terminado tu soledad de hombre.
Ya tu inquietud es limo bajo la tierra oscura.
Eres nube de polvo, eres piedra, eres trigo.
Ya no buscas estrellas en el barro del mundo.

Ahora los caminos corren sobre tu sangre,
convertida en la verde caricia de la hierba.
No te hiere el silencio con su espina y su angustia
porque tu voz se ha vuelto rumor entre los árboles.

La muerte no reclama que le des a tu nombre
la dimensión exacta del amor o del odio.
Sin distancia que oponga su cerrada frontera
tu ausencia está llenando de ti nuestra memoria⁶⁶.

La poeta colombiana conmemora con lírica sencillez la memoria del amigo ya libre de las fatigas de la vida, su «inquietud» convertida en «limo bajo la tierra oscura», su cuerpo absorbido en las formas de la naturaleza, los «camino» de su exilio escurriendo ahora dentro su «sangre» —«convertida en la verde caricia de la hierba»—, desbordando su recuerdo, su «memoria», de la última «cerrada frontera» de la existencia. Una memoria, una «misión» vital, aunque inconstante, breve y fugaz como una cometa, que merece —como lo deseaba también Palacios en su epitafio en prosa— ser recogida, ordenada, y claramente colocada en los enredados cruces de los exilios del siglo XX hispánico e hispanoamericano.

65. *Ibíd.*

66. M. Vieira, *Al amigo en su viaje. Recordando a Baltasar Miró*, en *Los nombres de la ausencia*, ilustraciones de M. de Montalvo y Correa, Ediciones San Librario, Bogotá, 2006, p. 11.